

# Masculinidades, violencias y consumo problemático: una intervención feminista con varones

GABRIELA BARD WIGDOR, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina  
gabrielabardwigdor@unc.edu.ar  
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3040-7819>

VALENTINA PORRAZZO, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina  
valentina.porrazzo@mi.unc.edu.ar  
ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-3085-8220>

DOI: 10.33255/26181800/2370

---

## Resumen

El presente escrito analiza una intervención-investigación sobre masculinidades con varones en tratamiento por consumo problemático en Córdoba, Argentina. A través de talleres feministas y registros etnográficos, se construyeron datos sobre tensiones metodológicas, construcción de identidad masculina en contextos de exclusión y vínculos con cuerpos feminizados. Se concluye que el trabajo grupal enfrenta resistencias influenciadas por condiciones estructurales y simbólicas. Los varones, en situación de exclusión, aspiran a una masculinidad que valora la violencia, la fortaleza y el aguante, validando estas prácticas en la calle y en los talleres. Algunos reflexionan sobre la violencia internalizada y desean cambiar, pero les cuesta romper patrones heredados por la falta de referentes afectivos masculinos alternativos.

**PALABRAS CLAVE:** consumo problemático, feminismo, masculinidades

## **Masculinities, violence and problematic consumption: a feminist intervention with men**

### **Abstract**

This paper analyzes an intervention-research project on masculinities with men in treatment for substance use disorder in Córdoba, Argentina. Through feminist workshops and ethnographic records, data were collected on methodological tensions, the construction of masculine identity in contexts of exclusion, and relationships with feminized bodies. It concludes that group work faces resistance influenced by structural and symbolic conditions. The men, in situations of exclusion, aspire to a masculinity that values violence, strength, and endurance, validating these practices both on the street and in the workshops. Some reflect on internalized violence and wish to change, but they struggle to break inherited patterns due to the lack of alternative male role models.

**KEYWORDS:** substance use disorder, feminism, masculinities

---

### **Introducción**

El presente artículo propone una reflexión en torno a una experiencia de taller sobre masculinidades, desigualdades y violencias por razones de género, desarrollada con varones de sectores populares en proceso de rehabilitación por consumo problemático de sustancias durante el año 2025. La actividad fue llevada a cabo en un dispositivo territorial inaugurado en el año 2015, en el marco de las políticas públicas provinciales orientadas a la prevención y asistencia en materia de consumos problemáticos, implementadas por el Gobierno de la Provincia de Córdoba (Argentina), en articulación con la Secretaría de Políticas Integrales sobre Drogas de la Nación Argentina (SEDRONAR).

El dispositivo en cuestión brinda acompañamiento a usuarios, mayoritariamente jóvenes varones de sectores populares con consumo problemático, y a personas adultas en condiciones de alta vulnerabilidad social y educativa. Ubicado en un galpón de un barrio popular de la Capital de Córdoba, este espacio articula diversas áreas de intervención en un mismo ámbito físico y funciona en horario diurno con

una variedad de servicios y actividades como provisión de alimentos, servicios de higiene personal y vestimenta; propuestas de orientación religiosa; actividades recreativas y talleres formativos, entre otras. En este entramado institucional se inscribe la propuesta del taller sobre masculinidades, el cual se desarrolló los días viernes por la mañana, con una duración de dos horas por encuentro.

La propuesta de taller se originó en el marco del proyecto de extensión universitaria «Pará con el hate: charlas incómodas entre varones y feminismos»<sup>1</sup>, iniciativa impulsada por un equipo conformado por estudiantes y egresadas de las carreras de Licenciatura en Trabajo Social y Psicología. La propuesta consistió en la realización de encuentros semanales de diálogo y experimentación de diversas dinámicas vivenciales con varones, a los fines de habilitar procesos de reflexión crítica en torno a las formas de identificación con la masculinidad hegemónica en su contexto. Para ello, se diseñó una propuesta metodológica inspirada en los enfoques de la educación popular feminista que incluyó dinámicas lúdicas, producción de dibujos, lecturas, escrituras de cuentos, poemas y ejercicios de cartografía cuerpo-territorio, orientados a favorecer la expresión subjetiva y el diálogo crítico.

Aunque el proyecto de extensión se mantuvo activo durante todo 2025, surgieron diversas limitaciones que fueron obstaculizando la sustentabilidad del dispositivo a largo plazo. Entre los factores más relevantes se cuenta la falta de infraestructura adecuada para llevar adelante los encuentros, lo que afectó negativamente la planificación, el desarrollo y la regularidad del trabajo. Por otro lado, ciertas dinámicas propias del proceso de rehabilitación que atraviesan los participantes impactaron en el taller: sus cuerpos requieren moverse constantemente, desplazarse dentro y fuera del espacio físico donde se dicta el taller, lo que reduce tanto su propia capacidad de concentración como la del resto del grupo ante las actividades planteadas. Además, la elevada rotación de los varones que habitan en la denominada «casita» —el sector habitacional del dispositivo— obliga al equipo coordinador a presentar desde cero las pautas y el marco de trabajo en cada nuevo encuentro, lo que dificulta la construcción de confianza y el desarrollo de un trabajo procesual con la totalidad del grupo. Esta situación motivó una reformulación de la propuesta y actualmente estamos en un proceso de revisión de las estrategias de intervención.

En este marco, el presente escrito se propone analizar tres emergentes analíticos que surgieron durante los encuentros con este grupo de varones —de entre 19 y 48 años— que participan del dispositivo de forma ambulatoria o residen en la casita, así como reflexionar sobre los desafíos y aprendizajes que implicó la implementación

---

<sup>1</sup> El proyecto se enmarca en el Programa de Becas a Proyectos de Extensión (PBPE) de la Universidad Nacional de Córdoba, que otorgó financiamiento a la propuesta extensionista, mediante la Res. SEU 97/2024.

de esta experiencia de taller con una población atravesada por múltiples formas de vulneración social.

### **Metodología**

El enfoque etnográfico feminista adoptado va más allá de recurrir a técnicas como la observación participante o el registro sistemático mediante cuaderno de campo. Tal como sostiene Haraway (1993), el conocimiento siempre está «encarnado»: proviene de un cuerpo, un contexto y una temporalidad. Este enfoque permite visibilizar las relaciones de poder y las posiciones relativas entre quienes investigan y quienes son investigados, identificando los límites, alcances y efectos de nuestras intervenciones. Tomando como referencia esa postura, entendemos nuestra investigación con varones no como una narrativa finalizada, sino como un proceso abierto: los datos recopilados representan una aproximación situada —no un cierre absoluto— sobre cómo estos varones se identifican o no con rasgos de la masculinidad hegemónica (Connell y Messerschmidt, 2005).

El análisis se fundamenta en los registros de campo generados durante todo el año 2025, durante la implementación de los talleres. Los sujetos de estudio no pueden entenderse de forma homogénea dentro de la categoría de masculinidad hegemónica: provienen de sectores populares, en su mayoría racializados y con trayectorias marcadas por consumos problemáticos. No obstante, esas condiciones no impiden que sus experiencias incluyan identificaciones con elementos de la masculinidad hegemónica —especialmente en relación con lo feminizado y ciertos discursos machistas sobre vínculos y jerarquías de género. Participan del taller como parte de un conjunto de actividades institucionales —talleres de oficio, religión, deporte, alfabetización— en el marco de un programa de rehabilitación que diseña la institución. Dado que nuestra propuesta se enmarca en un proyecto de extensión universitaria y se diseña desde una perspectiva de educación popular feminista, con coordinadoras con experiencia en trabajo con varones y violencia de género, los contenidos se adaptaron según el perfil y necesidades del grupo específico.

En consecuencia, este artículo se apoya en los datos cualitativos generados desde esta práctica etnográfica situada, lo que implicó una presencia prolongada en el territorio, participación activa en los talleres y el uso de un cuaderno de campo como herramienta de registro central. Este método permite registrar de forma rigurosa y reflexiva las experiencias, interacciones, observaciones —no sólo lo verbal, sino también lo gestual, afectivo y no verbal—, reconociendo que toda indagación social

atraviesa dimensiones subjetivas, corporales y emocionales. Con ello, buscamos reconstruir densamente los sentidos que los sujetos asignan a sus prácticas y discursos en contextos específicos, abordando las dimensiones simbólicas, relacionales e históricas que configuran su masculinidad.

Finalmente, el cuaderno de campo no se concibe como un complemento, sino como fuente primaria de información y análisis. Permite realizar un seguimiento relacional y situado de los procesos, identificar tensiones, contradicciones y desplazamientos en la dinámica territorial, y constituye un elemento clave para la producción de conocimiento desde una perspectiva crítica, reflexiva y encarnada.

### **Del galpón a «La Casita»: un camino con tropiezos metodológicos**

Al ingresar al salón del galpón donde se desarrollaban los talleres, era frecuente encontrar a los varones realizando tareas de cocina, como la preparación de pan y pizzas para distribuir en el barrio. Estas actividades forman parte de las responsabilidades asignadas a los residentes de la «casita», quienes deben cumplir ciertos requisitos como abstinencia, no violencia y normas de convivencia para mantenerse en el dispositivo. El incumplimiento implica su expulsión, generando una alta rotación que impacta negativamente en los vínculos entre varones y en la continuidad grupal. Esta inestabilidad se manifiesta en tensiones durante los encuentros, como la aparición de burlas e insultos ante la negativa de algunos a participar (Registro de campo, junio del 2025). La rotación constante dificulta la construcción de lazos sostenidos y limita la posibilidad de procesos reflexivos sobre la masculinidad hegemónica.

Además, coordinar talleres sobre masculinidades con varones cis, desde un equipo compuesto por mujeres cis, feministas y universitarias, supuso un desafío metodológico y político. Aunque la masculinidad hegemónica implica privilegios frente a lo femenino, en este contexto las coordenadas de clase, consumo y racialización complejizan la relación, ubicando a los varones como receptores de discursos institucionales que pueden percibirse como formas sutiles de subordinación. La participación no fue voluntaria, sino solicitada por la coordinación del centro, lo cual generó resistencias y tensó los vínculos con el equipo. Esto afectó la construcción de confianza y obstaculizó una implicación genuina en la dinámica grupal. En este marco, la experiencia exigió revisar críticamente tanto el dispositivo metodológico como los modos de intervención sobre la masculinidad en contextos de alta vulnerabilidad.

Asimismo, los talleres exigieron una convocatoria activa a los varones, ya que su participación no era espontánea. Cada encuentro implicaba trabajar con un grupo en constante cambio, lo que dificultaba la continuidad del proceso colectivo. Las trayectorias discontinuas obligaban a retomar contenidos ya trabajados con algunos participantes, lo que generaba desgaste y desmotivación en los mismos. A pesar de los intentos por favorecer el diálogo entre nuevos y antiguos participantes, la alta rotación obstaculizaba la construcción de vínculos sostenidos y de una intervención significativa sobre las masculinidades en contextos de consumo y vulnerabilidad (Cioffi y Peri, 2021).

Asumimos estos obstáculos como parte del trabajo social, donde los fracasos obligan a repensar estrategias. Castrillo Velez de Mendizabal (2025) denomina «cos-corriones etnográficos» a estos golpes con la realidad, que si bien duelen, permiten reorientar el rumbo de la investigación y habilitan aprendizajes clave. En nuestra experiencia, el proceso de rehabilitación influía directamente en la dinámica grupal: la ansiedad por la abstinencia se manifiesta en interrupciones frecuentes durante los encuentros, como levantarse o retirarse brevemente (Barreda Muñoz, 2019). Aun así, se registraron momentos de atención sostenida y participación activa mediante recursos expresivos como la poesía, la narrativa, la escritura y el dibujo. A partir del registro etnográfico de los talleres, construimos el análisis desarrollado en el presente trabajo.

### **Hacerse hombre: un asunto de cofradías**

Entre los ejes trabajados en el taller, uno fue «cómo llegamos a ser hombres». Allí, reflexionamos en torno a que la experiencia de «ser varón» en el mundo occidental está regulada por un modelo hegemónico de masculinidad que privilegia la autosuficiencia, la competencia y el desapego afectivo. Connell y Messerschmidt (2005) conceptualizan la masculinidad hegemónica no como estática o esencialista, sino como un conjunto dinámico de prácticas, relaciones de poder y estructuras de deseo que garantizan la dominación de ciertos varones y la subordinación de las mujeres en el orden de género. Así, cabe preguntarse: ¿cómo se construye esta masculinidad en contextos marcados por pobreza, racialización y consumo problemático? Los varones del taller no encarnan el arquetipo clásico del varón hegemónico blanco, heterosexual y de clase media o alta, pero igual reproducen prácticas que sostienen ese modelo, que sigue siendo un horizonte aspiracional normativo incluso en contextos de vulneración.

Durante los talleres se observó que los varones ejercían prácticas de masculinidad patriarcal para reafirmar su estatus dentro de la estructura de género. Segato (2003) ubica estas prácticas en el «eje horizontal de la violencia», donde los varones se escrutan entre pares para incorporar o excluir a alguien de la corporación masculina. «Ser varón» no es algo que se gana una vez y para siempre, sino un estado que debe sostenerse permanentemente y ser validado (o invalidado) por otros varones. Según Marqués y Osborne (1991), los varones tienen dos mandatos: la importancia de ser varón y la de demostrarlo. Esto se expresó explícitamente en uno de los talleres, cuando un participante expresó: «Hacerse varón significa maduración, trabajo, la sociedad... a los golpes, cuando te chocás con la realidad. Siempre tenemos que estar compitiendo, no por ser hombre, sino por hacerse hombre» (Registro de campo, abril 2025).

Esta competitividad y escrutinio se manifestó en relatos de violencia de género ejercida por los mismos sujetos, por ejemplo, en el relato de uno de ellos: «Me cansó y le pegué una cachetada, la di vuelta como una bailarina» (Registro de campo, mayo 2025), o cuando otro refirió golpes hacia su novia. Estas escenas fueron acompañadas por risas y comentarios cómplices, sin una genuina problematización de la violencia. El humor y la complicidad entre pares relativizan la agresión, reforzando la impunidad simbólica del mandato de masculinidad, donde la dominación sobre lo femenino se valida y comparte entre varones. Así, los varones exhiben violencia machista para obtener validación de sus pares, consolidándose como varón al diferenciarse y ejercer poder sobre lo feminizado. Esto muestra cómo las violencias se usan para competir y ocupar un estatus de masculinidad dominante, incluso dentro de masculinidades subordinadas.

Además, la subjetividad masculina se relaciona con nociones de éxito, fortaleza y ganancia para considerarse machos. Berardi (2019, 01:13) afirma que «solo siendo ganadores podemos considerarnos hombres, hombres en el sentido 'macho' del término» y advierte sobre el «individualismo conformista»: «el deseo de ser el más macho de todos... ¿Y cómo mostrarlo? Muriendo, muriendo de manera peligrosa» (Berardi, 2019: 01:14). Aunque aquí no trabajamos directamente con cultura narco, en contextos de consumo problemático las nociones de éxito, posesión y fortaleza, incluso ligadas al riesgo de vida, tienen gran peso. Ser «macho» se asocia con armas, mujeres, autos y dinero, como señala un participante: «Se hace el re-choro, el que tiene autos, armas, minas, ¿qué sos? ¿Un superhéroe?» (Registro de campo, junio 2025).

El grupo, compuesto por varones de entre 20 y 38 años, también expresó reflexiones críticas sobre la socialización masculina y el mandato de «hacerse hombre». Uno comentó: «A la mujer le dicen qué es ser mujer; a los hombres, 'sos varón y te

las arreglás, aprendés a ser varón de otro varón'». Otro reflexionó: «Cuánta libertad tienen los varones en la crianza. Libertad que se transforma en libertinaje; hay independencia en las decisiones... ¿A dónde llevo tanta libertad?». Otro expresó: «Las mujeres son criadas diferentes; a las mujeres no las mandan a la calle siendo una dama» (Cuaderno de campo, mayo 2025).

Hacerse varón, para estos sujetos, está ligado a «ser chispita», asociado a ganarse respeto y «enfrentarse con quien quiera pasarte por encima» (Cuaderno de campo, abril 2025). Un participante relató que para él, hacerse hombre fue confrontar a su padre, incluso con violencia física. Esto muestra cómo sus referentes masculinos transmitieron vivencias patriarcales y violentas, reflejando también malestar por la ausencia de modelos claros en infancia y adolescencia. La libertad se vive no como oportunidad, sino como carga, sin orientación ni mediación de figuras adultas que impongan normas o contención. Surge la pregunta: ¿cómo optar por otras formas de masculinidad sin referentes que orienten distinto a la dominación aprendida en la calle y la familia?

Durante los talleres también se evidenció la dificultad para identificarse con pares que vivieran otras masculinidades, ya que muchos amigos y familiares comparten experiencias similares, especialmente en consumo de sustancias. Al respecto, un varón mencionaba que su hermano también consumía y usaba términos como «cárcel», «cadena» y «algo que se repite» (Cuaderno de campo, mayo 2025), evidenciando la necesidad de interrumpir esa repetición que sostiene una narrativa y práctica de masculinidad que se ve en padres, hermanos e hijos. Sin referentes alternativos, el modo patriarcal se percibe como único y así se perpetúa.

Este modo patriarcal riesgoso es reconocido por los propios varones, que vinculan la masculinidad con prácticas de riesgo. Uno de los participantes de 24 años, contó que su internación tras recibir varias puñaladas fue un punto de inflexión; antes vivía en la calle y no valoraba la rehabilitación. Su testimonio confirma, siguiendo a Barrera Muñoz (2019), que los códigos masculinos inhiben el cuidado de sí y promueven prácticas que dañan la salud física y mental. De Keijzer (1997) advierte que «ser varón» es un factor de riesgo, ya que la masculinidad debe probarse y reafirmarse incluso a costa de la propia vida o la de otros. Muchos se replegan afectivamente, canalizando el malestar de forma autodestructiva antes que expresarse verbal o afectivamente. Frente a esto, nos preguntamos: ¿qué tan posibles son las prácticas de cuidado de sí y de otros en contextos violentos? ¿Cómo se relacionan o contradicen tales prácticas con el rol de proveedor y protector?

Por último, las representaciones de masculinidad que expresaron se vinculan al ideal patriarcal del «hombre de la casa», asociado al sustento económico y la

capacidad de afrontar dificultades, incluso cuando ellos no cumplen esas expectativas. Un participante narró que la paternidad fue un punto de inflexión: aunque le gustaba ser padre, le costaba equilibrar la responsabilidad con el deseo de «joda». Este testimonio muestra que la paternidad puede abrir una ambivalencia entre persistir en el consumo o asumir la responsabilidad. Así, la masculinidad se presenta como fortaleza emocional y capacidad para «ponerle el pecho a la vida».

### **La relación con la feminidad: ¿cuidadoras o protegidas?**

En los relatos de los varones, la masculinidad se pone a prueba a través de la humillación como forma de disciplinamiento corporal y la ausencia de cuidadores parentales. Algunos acceden al delito o al consumo por temor a ser considerados «maricón» o «cagón». Hernández Ocampo, Barreiro Posada y Arbey Mora (2024) señalan que la «valentía» impuesta por el ideal hegemónico se manifiesta en prácticas que perjudican a los varones y sus vínculos. Sin embargo, varios testimonios destacan el papel central de la figura materna como agente regulador, que ayuda a resistir la presión social: «Si me dicen maricón o cagón, no me importa» (Cuaderno de campo, junio 2025). La presencia materna que impone límites claros parece favorecer una identidad segura, capaz de desafiar el mandato masculino, en contraste con la ausencia de figuras paternales que refuerzan modelos no patriarcales.

La masculinidad también se configura como respuesta a la carencia de referentes masculinos, con la calle como espacio de iniciación y vinculación con otros varones, según Barzani y Vainer (2025). Sidler (2007) describe cómo la competitividad y la necesidad de «sobrevivir por su cuenta» dificultan la confianza y vulnerabilidad entre hombres. Durante los talleres, se expresó que «si no peleás, quedás como un marica», reflejando que la violencia es un mandato simbólico para la validación entre pares, con la masculinidad afirmada a través de prácticas delictivas y agresivas.

Un tema poco visibilizado fue el abuso sexual hacia varones. Un joven relató haber sido abusado por una mujer y el temor a denunciar por miedo, vergüenza o burla. Estos relatos evidencian un mandato de silencio y la deslegitimación de las víctimas masculinas mediante la burla, mostrando cómo la masculinidad hegemónica sanciona toda desviación hacia la vulnerabilidad o lo femenino.

En los encuentros, existieron prácticas que dan cuenta de relaciones de poder y formas de dominación simbólica hacia lo feminizado. En una ocasión, ante la solicitud de respetar el uso de la palabra, una de las coordinadoras fue interpelada por un participante en tono desafiante: «¿[Pedilo] por favor, no?!». Ese mismo día, otro

varón que no había asistido irrumpió la ronda y reclamó en tono imperativo: «¿Por qué están acá y no avisaron?». Luego, un participante relató con ironía una escena de su pasado en situación de calle: «Yo, en otro momento, hubiera hecho esto: silba y grita 'eh, vení, ¡puto!', pero ahora, como cambié, ya no lo hago». Estas escenas ponen en evidencia la persistencia de prácticas de dominación y la vigencia del modelo hegemónico como estructura organizadora de los vínculos entre varones y con lo femenino. Cabe señalar que las coordinadoras del taller eran mujeres, hecho que pudo haber sido interpretado como una oportunidad para deslegitimar su autoridad, cuestión que abre interrogantes metodológicos relevantes: ¿cómo habría impactado en la dinámica grupal la inclusión de varones en el equipo de coordinación? Aunque existió la intención de incorporar coordinadores varones, su participación no se sostuvo, lo que constituye una dimensión pendiente de análisis. Diversos estudios advierten que los espacios coordinados exclusivamente por varones tienden a reproducir relaciones de complicidad que refuerzan las lógicas de la masculinidad hegemónica (De Stéfano Barbero, 2023; García, 2018).

Asimismo, la masculinidad hegemónica no solo se define en oposición a lo femenino, sino también mediante la diferenciación jerárquica frente a otras formas de ser varón, subordinadas o marginalizadas. Esta lógica se manifiesta en prácticas concretas como la ocupación simbólica del territorio y la apropiación del cuerpo de las mujeres, representadas como bienes en disputa. En un registro etnográfico, un participante narró haber incentivado a su amigo a pelear con otros varones por haber comenzado una relación con chicas de otro barrio, vivenciando ese vínculo como una invasión territorial: «El conflicto también se relacionaba con que ellos habían empezado a salir con chicas de este barrio. Interpretaban esta situación como un tema territorial, de meterse en un territorio desconocido y con sus chicas» (Registro de campo, mayo del 2025). Esta escena evidencia cómo las relaciones de género se entrelazan con dinámicas de territorialidad, reforzando estructuras de poder sobre los cuerpos feminizados. Las mujeres aparecen en los relatos espontáneos de los varones principalmente como madres, hermanas o novias, pero están ausentes de las escenas cotidianas de ocio, amistad o sociabilidad barrial, especialmente en los espacios vinculados al consumo de sustancias psicoactivas. Este dato no es menor: sugiere que los espacios de intimidad compartida entre pares masculinos excluyen sistemáticamente lo femenino.

De este modo, la masculinidad, siempre precaria y amenazada de perderse, se define a raíz de su relación de oposición con el ser mujer. Aunque las figuras femeninas que cuidaron durante la infancia —madres, abuelas, tías— ocupan un lugar valorado, persisten discursos que las ven como vulnerables e incapaces de sostenerse

solas, activando una lógica paternalista que las «protege», pese a ser ellas quienes brindaron apoyo crucial. Como señala Sidler (2007), los varones heterosexuales aprenden a reconocer las necesidades emocionales ajenas, pero no las propias, usando el rol de soporte emocional para sostener su identidad sin enfrentar su fragilidad.

### **En torno a las (im)posibilidades de interpelar a la masculinidad**

Las tensiones metodológicas presentadas abren preguntas fundamentales en torno a las condiciones necesarias para que los varones puedan interpelar críticamente sus modos de habitar la masculinidad, sin reproducir jerarquías de género ni prácticas de dominación. Tal como sostiene Seidler (2007), la masculinidad dominante ha estado históricamente vinculada a la razón, la autonomía y el control, atributos que les han permitido a los varones hablar por otros, aun cuando no han aprendido a hablar de sí mismos desde una perspectiva emocional y personal. En palabras de uno de los participantes: «Ser hombre es demostrar que te podés manejar solo, que tenés inteligencia» (Registro de campo, abril del 2025).

El malestar de los varones cisgénero se expresa en distintos planos: la morbimortalidad, la violencia destructiva y autodestructiva (Barzani y Vainer, 2025, p. 121), así como en la violencia ejercida contra mujeres, niños y otros varones subordinados. Estas expresiones deben entenderse como parte de una trama social que produce y reproduce formas específicas de ser varón. Sin embargo, las masculinidades no constituyen una esencia natural, sino que son construcciones sociales, históricas y culturales. Como señalan Barzani y Vainer (2025, p. 16), se subjetivan desde el cuerpo, en la articulación entre lo orgánico, lo psíquico y lo simbólico. En consiguiente en cada espacio social se inscriben códigos y mandatos particulares sobre «cómo ser hombre», configurando así las formas en que los varones se vinculan consigo mismos, con los otros varones y con el mundo.

Desde esta perspectiva, la masculinidad hegemónica no se reproduce únicamente en los sectores privilegiados, sino también en contextos de vulnerabilidad y exclusión. Connell y Messerschmidt (2005) conceptualizan estas formas como «masculinidades cómplices»: aquellas que, aunque subordinadas por razones de clase, etnia o territorialidad, participan y se benefician de los dividendos simbólicos y materiales del patriarcado. Esta condición ambigua, que es simultáneamente subalterna y cómplice, se traduce, por ejemplo, en la reafirmación de jerarquías masculinas mediante la exclusión de las mujeres del espacio público y político. Este fenómeno se vincula con los procesos de repatriarcalización del territorio, tal como advierte el Colectivo

de Miradas Críticas del Territorio desde el Feminismo (2019). Estos procesos implican múltiples violencias territoriales, ambientales, económicas y sexuales que afectan los cuerpos-territorios feminizados, forzándolos a retornar a posiciones subordinadas. En sintonía con esta mirada, Segato (2003) ha planteado que las violencias contra las mujeres funcionan como dispositivos disciplinantes que degradan lo femenino y reafirman una jerarquía masculina al servicio del orden colonial y capitalista.

En este marco, para Cioffi y Peri (2021), el consumo problemático de sustancias aparece como más frecuente en varones y se asocia tanto a la violencia ejercida como a consecuencias severas para la salud mental (Gomes, Couto y De Keijzer, 2020). Esta situación se agrava en América Latina por la escasa disponibilidad de servicios de salud mental, las desigualdades territoriales en el acceso a tratamientos y el persistente estigma social (Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito [UNODC], 2024). En efecto, el dispositivo de masculinidad hegemónica subjetiva a los varones en prácticas de riesgo como muestra de virilidad y, al mismo tiempo, en una resistencia a mostrarse vulnerables. Nos preguntamos entonces: ¿qué condiciones emocionales, sociales, habitacionales, vinculares y psíquicas son necesarias para que, al menos, sea posible imaginar desplazamientos respecto del ideal dominante de masculinidad? ¿Qué experiencias pueden interrumpir la reproducción del mandato patriarcal? Sin buscar respuestas acabadas, proponemos seguir elaborando interrogantes que alimenten intervenciones situadas y críticas.

### **Reflexiones para continuar**

A lo largo del artículo evidenciamos que los varones, aunque en condiciones de exclusión, reproducen aspectos de la masculinidad hegemónica como horizonte aspiracional, valorando aspectos tradicionales en la familia, la cultura del aguante en la calle y distintas prácticas de violencia naturalizadas. En el espacio de taller como en la calle, se prueban y validan entre pares, tanto mediante el ejercicio de violencias simbólicas y físicas hacia los cuerpos feminizados, como a través de prácticas de descuido y riesgo para su propia vida. El cuerpo masculino se somete a pruebas físicas constantes para sostener el mandato viril (ej.: puñaladas, peleas). Es en este contexto en el que se inscribe el consumo problemático de sustancias, que funciona como demostración de masculinidad, alejando a los sujetos de la posibilidad de ser juzgados como «poco masculinos» por sus pares.

Cabe mencionar que, si bien los sujetos son responsables de reproducir prácticas de masculinidad patriarcal, es preciso considerar que las subjetividades y los ideales

en torno al género no son individuales, sino que son ficciones sociales a las que todos somos invitados permanentemente. De otro modo, no podríamos notar que la ambición por la posesión, la fortaleza y la ganancia no se expresa en estos sujetos de forma aislada, sino que se ve en los grandes referentes mundiales: los principales líderes políticos hoy se encuentran en guerra por la posesión de distintos territorios del planeta, aun cuando ello trae consigo dolor y muerte para otros. Dado este contexto, ¿es posible imaginar otras aspiraciones para los sujetos?, ¿podemos construir referencias masculinas distanciadas del ejercicio de la violencia patriarcal?

Sin embargo, es preciso agregar que existen momentos de reflexión crítica sobre los modelos internalizados de «hacerse hombre», que expresan los varones, mediante un término coloquial que denomina «manito colorada» al varón que ejerce violencia física contra mujeres. En los talleres emergieron con notable frecuencia relatos vinculados a la violencia por razones de género vivida durante la infancia, particularmente en el seno familiar. En uno de los encuentros, cuatro de los seis participantes que compartieron sus experiencias refirieron haber presenciado o sufrido situaciones de violencia ejercida por sus padres hacia sus madres. Uno de ellos sintetizó esta situación con la siguiente expresión: «Algunos hombres humillan, desprecian a las mujeres, las hacen ser presas» (Registro de campo, abril del 2025). Si bien varios de estos varones manifestaron el deseo de no repetir esa historia, en sus relatos afloraron escenas de violencia ejercida hacia sus propias parejas o de supuestos «amigos» que golpeaban a sus parejas. En este sentido, es posible pensar que la masculinidad patriarcal se transmite mediante mecanismos de identificación con el agresor, funcionando como una forma de herencia intersubjetiva y afectiva (Barzani y Vainer, 2025, p. 77).

Algunos eventos como la paternidad o el abuso sufrido marcan puntos de inflexión que habilitan el deseo de cambio. Empero, las transformaciones no se logran solo por voluntad racional, sino mediante experiencias afectivas y vinculares diferentes y significativas, lo que estaría escaseando en la vida de estos varones. De hecho, en las trayectorias de estos sujetos, aparecen padres y abuelos como transmisores de modelos patriarcales violentos de los que quieren distanciarse, pero no lo logran del todo, debido en parte a la presión que ejerce la masculinidad en cada territorio para su reproducción. En efecto, muchos participantes expresan malestar por la falta de referentes afectivos masculinos, donde la «libertad» en la crianza es percibida como abandono. La figura materna o femenina (madres, abuelas, tías) aparece como contención emocional, pero también como objeto de idealización y paternalismo. Además, las mujeres aparecen como objetos de disputa territorial o como cuidadoras, pero no participan en los espacios de ocio o consumo.

Finalmente, en este proceso de intervención investigativa, damos cuenta de las tensiones que las coordinadoras pueden vivenciar en los talleres con varones, ejemplificado en las resistencias, deslegitimación y situaciones de violencia simbólica analizadas. Remarcamos la necesidad de que los talleres funcionen en espacios físicos adecuados y la importancia de contar con herramientas particulares para trabajar con varones que se ven afectados por consumo problemático de sustancias. También, advertimos la necesidad fundamental de que quienes participan de estos talleres lo hagan de manera voluntaria o con predisposición y curiosidad ante la propuesta.

## Referencias bibliográficas

- BARREDA MUÑOZ, V. M. X. (2019, octubre). *Repatriarcalización y degradación de lo femenino: Claves para comprender el continuum de violencia contra defensoras en territorios en conflicto* [Ponencia]. XXXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Lima, Perú.
- BARZANI, C. y Vainer, A. (2025). *El malestar de los varones en tiempos de oscuridad*. Topia.
- BERARDI, F. (2019, 1 de agosto). *Suicidio, precariedad y mutación digital* [Video]. Cátedra Alfonso Reyes. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=3usjOKnAVnE>
- CASTRILLO VÉLEZ DE MENDIZÁBAL, L. (2025). Las emociones en el trabajo de campo: Reflexiones afectivas sobre mi proceso doctoral. *Anales de Antropología*, 59(1), 65–72.
- CIOFFI, E. y Peri, M. C. (2021). Consumir masculinidades: Masculinidades y roles de cuidado en el abordaje del consumo problemático de drogas. *Revista Límbica*, 2(3), 1–12. <https://revistalimbica.com/wp-content/uploads/2022/01/consumir-masculinidades.pdf>
- COLECTIVO MIRADAS CRÍTICAS DEL TERRITORIO DESDE EL FEMINISMO. (2019). (Re)patriarcalización de los territorios: La lucha de las mujeres y los megaproyectos extractivos. En D. Cruz Hernández & M. Bayón (Comps.), *Cuerpos, territorios y feminismos*. Bajo Tierra Ediciones.
- CONNELL, R. W. y Messerschmidt, J. W. (2005). Hegemonic masculinity: Rethinking the concept. *Gender y Society*, 19(6), 829–859. <https://doi.org/10.1177/0891243205278639>
- DE KEIJZER, B. (1997). Varones, masculinidad y salud en la Ciudad de México. En *Estudios de la Mujer*. El Colegio de México.
- DE STÉFANO BARBERO, M. (2023). «Estás humanizando a los violentos». Reflexiones sobre las tensiones y resistencias en el trabajo y la investigación con varones que ejercen violencia. *Pasado Abierto*, (17). <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/pasadoabierto/article/view/6930>
- GARCÍA, E. (2018). *Masculinidad-es: ¿Cómo cuestionar el androcentrismo? La experiencia del Colectivo de Varones Antipatriarcales* [Tesis de grado, Universidad de Buenos Aires, Facultad de

- Ciencias Sociales]. Repositorio Digital Facultad de Ciencias Sociales – UBA. <https://repositorio.sociales.uba.ar/items/show/1615>
- GOMES, R., Couto, M. T. y de Keijzer, B. (2020). Hombres, género y salud = Men, gender and health. *Salud Colectiva*, 16, e2788. <https://doi.org/10.18294/sc.2020.2788>
- HARAWAY, D. (1993). Saberes situados: El problema de la ciencia en el feminismo y el privilegio de una perspectiva parcial. En M. C. Cangiano y L. DuBois (Eds.), *De mujer a género* (pp. 115–144). CEAL.
- HERNÁNDEZ OCAMPO, M. C., Barreiro Posada, P. A., y Arbey Mora, E. (2024). Deshominem, hombres contracorriente: Una investigación-creación en torno a la reflexión de masculinidades no hegemónicas. *Cuestiones de Género: de la igualdad y la diferencia*, (19), 546–567. <https://doi.org/10.18002/cg.i19.8281>
- MARQUÉS, J. V. y Osborne, R. (1991). *Sexualidad y sexismo*. Fundación Universidad Empresa.
- SEGATO, R. L. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Prometeo Libros.
- SEIDLER, V. J. (2007). Masculinidades, cuerpos y vida emocional. *Men and Masculinities*, 10(1), 3–21. <https://doi.org/10.1177/1097184X07299636>
- OFICINA DE LAS NACIONES UNIDAS CONTRA LA DROGA Y EL DELITO (UNODC). (2024, 27 de junio). *UNODC World Drug Report 2024: Harms of world drug problem continue to mount amid expansions in drug use and markets* [Comunicado de prensa]. [https://www.unodc.org/unodc/es/press/releases/2024/June/unodc-world-drug-report-2024\\_-harms-of-world-drug-problem-continue-to-mount-amid-expansions-in-drug-use-and-markets.html](https://www.unodc.org/unodc/es/press/releases/2024/June/unodc-world-drug-report-2024_-harms-of-world-drug-problem-continue-to-mount-amid-expansions-in-drug-use-and-markets.html)